

SOBRE LA DESTRUCCIÓN DEL MITO: *EL ASIENTO VACÍO*

No hay cultura sin mito, entendido de varias maneras. Concretamente, me referiré a dos. En la primera, *mito* se iguala a mentira, a un saber extendido que no tiene bases científicas, sino que es producto de la imaginación popular. En este sentido, el término se reconoce prácticamente como sinónimo de leyenda.

La segunda perspectiva, la más extendida, reconoce en el mito un relato ficticio ubicado en épocas remotas y con características sobrenaturales. Desde esta concepción, ha habido personajes sobrehumanos –e incluso infrahumanos, como es el caso del Minotauro, por citar tan sólo un ejemplo– cuyas hazañas explican el principio de la existencia, o bien su reconfiguración en la eterna lucha entre el bien y el mal. El hecho de que haya consenso en cuanto a que esta manifestación es propia de los inicios de las civilizaciones no excluye algunas formas de permanencia, aun en la actual era del conocimiento. Y éste puede ser un punto de confluencia entre ambas percepciones de mito.

Toda revolución, toda consolidación de la identidad de un pueblo ha de basarse en sus propios mitos. La historia moderna nos ha presentado más de un caso donde esta figura ha tenido connotada participación. Los mitos prometeicos, en todas sus variantes, constituyen un elemento indispensable para la mayoría de las coyunturas sociales de las cuales ha dependido la construcción de la entidad de un pueblo. Como ejemplo baste señalar las figuras de la independencia, desde Washington hasta Hidalgo y Morelos.

Antes he dicho que en los planteamientos míticos el maniqueísmo es elemento *sine qua non*. Desde las literaturas antiguas, hasta sus variacio-

nes más próximas –como *Galaor* de Hugo Hiriart, o *El Hobbit*, la trilogía de *El Señor de los Anillos* y toda la producción de Tolkien–, los conflictos se basan en una desavenencia básica: la pugna entre el bien y el mal.

Lo interesante de los planteamientos míticos se aleja radicalmente del clásico maniqueísmo hollywoodense o telenovelero. Pongo por ejemplo el contraste entre las aventuras de James Bond (definitivamente el bueno, y guapo, frente a los malos, canallamente feos) y las novelas de John Le Carré (sólo por ejemplo *El Topo* o *El Sastre de Panamá*, la cual ya fue llevada a la pantalla con Pierce Brosnan como protagonista); en estas últimas, los conflictos de los personajes están literalmente más allá del bien y del mal: representan la heterogénea naturaleza humana, su intrínseca ambigüedad, su querer ser y deber ser. Lo mismo podría decirse del contraste entre literatura policiaca clásica y género negro, pero eso es asunto para otro momento.

En la novela que hoy quiero comentar, *El asiento vacío*, escrita por Emma Mauricia Moreno Carmona, nos encontramos con uno de los mitos modernos: la superioridad del género masculino frente al femenino, además, en este caso, llevada al extremo, según veremos más adelante.

Sin intención alguna de hablar por la autora, quien al entregar el texto al lector pierde todo derecho sobre él, quiero reflexionar aquí sobre mi lectura de esta novela.

Lo primero que asocié con la novela fue mi encuentro – en 1989, a unos meses de haber salido al público– con *El general en su laberinto*. Con las distancias del caso, en ambos textos identifiqué un elemento similar: el trabajo literario alrededor de una figura mítica. En el caso de Gabriel García Márquez, la aparición de la novela estuvo precedida por declaraciones del autor sobre su intención, que él daba por lograda, de desmitificar el mito bolivariano.

A manera de chisme, comentaré que durante ese año Gilberto Giménez coordinó un seminario de investigación en la UNAM, cuyo eje central fue precisamente la desmitificación de la figura bolivariana en *El general en su laberinto*. En resumidas cuentas, Giménez asignó temas a distintos integrantes del seminario, con la indicación de desarrollarlos independientemente y revisar los resultados de manera colectiva y pública al término del semestre. Desde un inicio, Giménez mostró su escepti-

cismo ante la declaración de García Márquez, argumentando que ningún escritor –y podemos añadir que ningún mortal– puede desprenderse de su cultura, romper con los atavismos de la sociedad en que se ha formado, destruir los mitos que le han sido inculcados desde la más temprana edad. No está de más agregar que esta visión no fue unánime. Más de uno de los integrantes del seminario argumentaron a favor de Márquez y su logro desmitificador. Como ya supondrán, la última sesión del seminario –pública y con presencia de renombrados intelectuales de la UNAM– fue una exposición múltiple de análisis literarios donde la sociología apoyaba la construcción de un ave fénix. Me explico: con toda la degradación de la figura bolivariana en la novela, con todo y la acentuación de su ancianidad y proceso de muerte, todas las lecturas presentadas en ese seminario confluían en el hecho de que el héroe de las mil batallas seguía siendo figura venerable aun en el exilio, aun después de la muerte. En palabras de una de las hermosas doncellas que le eran entregadas, joven que pasó la noche en su cuarto, pero no fue desflorada: “nadie es virgen después de pasar una noche con mi general”. Así, el proceso de degradación física del general estuvo acompañado del crecimiento de su figura mítica: agonizante, anciano, impotente... no deja de ser el hombre que todo lo conquista.

Todo eso vino a mi mente después de leer *El asiento vacío*. No sé, ni viene al caso, si la autora de esta novela adoptó una postura feminista de desmitificación del hombre-todopode-

roso. Lo que sí me queda claro es que el proceso de lectura inicia con la perspectiva de una adolescente que inocentemente se entrega a un hombre que bien podría ser su padre, el general Felipe Ángeles, el cual transforma a esta noble doncella de alta cuna en su amante. Así puestas las cosas desde un inicio, uno asume la defensa de la jovencita engañada. Pero la novela se desarrolla con mayor complejidad.

Selma es hija de buena familia, ella no lo sabe, pero su madre fue obligada a abandonar el hogar porque el padre creyó en los rumores de su aventura con Felipe Ángeles, quien en opinión de los abuelos paternos de la joven protagonista, era el verdadero padre de Selma. La niña crece con las monjas, creyendo que su madre murió. En su vida hay sólo dos hombres: el padre y el general Felipe Ángeles. Si a ello agregamos que el general era guapo y con presencia avasalladora, pues es lógico que la trama derive en el enamoramiento de Selma. Y dado que ésta es joven y hermosa, nuestro general, hombre al fin, no puede permanecer impertérrito.

Muerto don Joaquín, padre de Selma, ésta acepta huir con el general, sabiendo no sólo que éste está casado con Clara, belleza europea –mientras que el general es un “indio cetrino”– sino que además el matrimonio tiene cuatro hijos.

La joven Selma –criada en Michoacán, en tiempos de la Revolución Mexicana– decide su destino por sí misma. No sólo acepta irse con un hombre casado –la parafernalia del juramento ante el altar no es sino una cubierta para la adúltera relación entre ambos personajes–, sino que al

darse cuenta de su situación de mujer marginada, de amante resignada a las migajas de tiempo y atención que Ángeles pueda darle, sólo pide un hijo, una concreción, una materialización de esa extraña relación que tiene con Ángeles. Por supuesto, al discutirlo, Felipe le niega al hijo, pero como es de esperarse, llega el momento en que Selma queda embarazada, independientemente de lo que Felipe opine, quien por supuesto ni se entera ni le importa. Por algo es hombre.

La tortuosa relación entre Selma y Felipe es clara a lo largo de la novela. Desde el inicio, Selma sorprende con sus afirmaciones, como: “lo amaba con todos sus defectos y la verdad es que no lo eran”, o bien: “era tan parco en la comida como exagerado en el saber”, esto dicho por la joven rica que repentinamente se encuentra en un lugar árido, sin las comodidades a las que está acostumbrada.

La figura que de Felipe vamos apreciando es la de un hombre sobrenatural. No sólo tiene la capacidad de seducir –sin esfuerzo alguno– a una joven rica y de buena familia, de preclara hermosura y escasos 17 años, toda la gente cuya voz y presencia tienen peso en la novela ama al general, lo venera de alguna manera.

Entre sus adoradores, la historia resalta a Selma. Desde su perspectiva, nos formamos una sobrehumana visión del general, complementada por la de Juana y Zacarías, quienes inician su presentación en el argumento como criados de la “señora Selma”. No obstante, Juana termina siendo su conciencia, se rebela ante la cruel niña que sólo vive para su sexualidad y venganza por la insatisfacción, todo ello consecuencia de la lejanía de Felipe Ángeles. La transformación de Selma es uno de los elementos interesantes en la novela, que por razones de tiempo no serán abordados en este momento. Simplemente me limitaré a señalar que, de ser la sierva de Selma, se convierte en su hermana mayor, en su principal censura y apoyo.

La insatisfacción de Selma, su deseo de estar con el general, no sólo en presencia física, sino también en conocimiento de su vida –algo en lo que Juana y Zacarías le llevan notoria ventaja– la lleva a actos de crueldad irracional. En el primero de estos actos, encuentra un nido de ratones, lo sella y vuelve a él para “marcar” a los animalitos. La marca consiste en cortarles la cola. Juana debe sostener al animal mientras Selma pone la

marca. Tan irracional conducta apacigua la desesperación de Selma.

El segundo momento de irracionalidad se da cuando Selma decide quemar la mano de Juana con el azúcar líquido que estaba preparando para unas conservas. En este punto de la novela, Juana ya no es la sierva sumisa. Reacciona con ira e indignación, amenazando a Selma con irse y dejarla completamente sola. La transformación de Juana coincide con la de Selma, que termina rogando a Juana que no la deje sola.

Volviendo a la forma en que Selma concibe a Felipe, vemos desde el inicio que Selma sabe bien cuál es su papel:

Yo sabía que preguntar por sus ausencias, cuando no estaba en servicio, rompería el encanto; decidí desde el primer momento guardar silencio, ignorar todo lo que debía ignorar. Para mí, siempre fue mío. Yo le pertenecía, lo demás, ¡qué importaba!

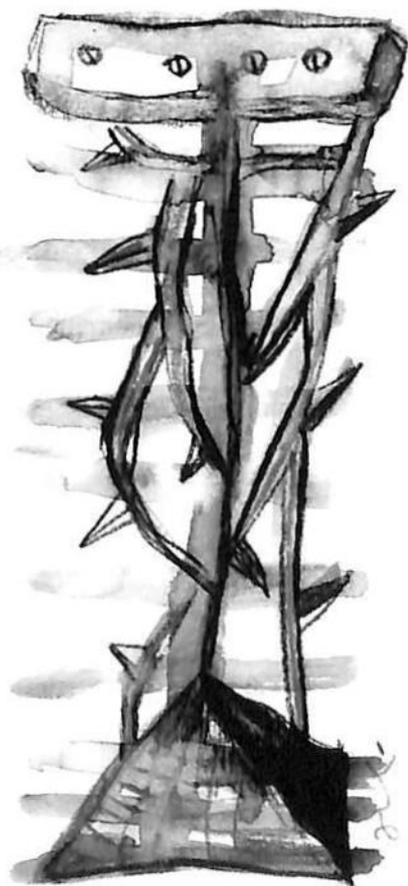
Selma reconoce en su aislamiento la figura de una celda. Ella preferiría ir a los bailes, a las presentaciones de sociedad como la joven amante del glorioso general. En cambio, debe conformarse con esperarlo en el exilio. Su incomodidad ante esta situación es sancionada por ella misma: "¿estaba dejando de amar al general?"

La diferencia entre Felipe y Selma se manifiesta en sus concepciones metafísicas, respecto a las cuales Selma dice: "hablamos de la muerte, que para él era el final. Para mí, triste esperanza, un paso al más allá, el encuentro del cielo prometido".

No conforme con ello, físicamente Felipe rebasa a Selma: "me tendió nuevamente sobre la cama. Sin llorar y encendida, cedí ante su impulso de hombre. Un macho que se multiplicaba en mil para no dejar sin caricias un ápice de mi ser". Ésta es una de las características de nuestra "heroína". Ella no entiende cabalmente quién es ese hombre que la ha hecho mujer. Para ella no tienen sentido sus disertaciones sobre estrategia militar, sus argumentaciones sobre el cómo y por qué de la Revolución. No lo entiende, pero no le importa. Ella pertenece al general, y eso es suficiente.

Incluso, cuando él desaparece, no sólo en persona, sino hasta en su comunicación epistolar, Selma afirma: "ahora que Felipe ha dejado de escribir siento que este amor va a perdurar hasta el infinito".

La actitud de Selma es presentada por Juana de una



CITLALI ORIHUEL, *El objeto con espinas.*

manera bastante clara: "no necesita respeto, ella desea ser hembra solamente". A diferencia de Juana y Zacarías, incluso a diferencia del propio Felipe Ángeles, Selma no repara en el qué dirán. Ella quiere estar con el general, necesita el reconocimiento de ser suya ante los ojos del mundo, no importa que no sea su esposa, no le importa ser reconocida como la amante. Simplemente necesita ser identificada como la joven que ha seducido al poderoso general. Incluso el recuerdo de la relación sexual con el general la hace olvidar todo lo demás: "recordaba la sana sensualidad del general que hacía que una lengua de fuego incendiara su interior, gemía de placer. Olvidaba que Felipe había dejado de escribir por meses, olvidaba que hasta ese momento no había dado una explicación y menos una disculpa por su silencio".

Ésa es la Selma que Juana percibe. Una mujer egoísta, marcada por su pasión por el general, regida por los deseos de su carne. "La señora Selma vive solamente para los deseos de su pasión. Tal vez estoy equivocada, pero es egoísta. Estaba enterada de la situación del general, él no ocultó nada". A partir de este momento, Juana se dirige a Selma sin el respeto previo. Deja de ser la señora para convertirse en la cruel e irracional jovencita amante del general.

La irracional y cruel Selma se transforma. La razón de su cambio es sencilla: está embarazada de Felipe. Éste nunca se entera de que Selma es-

pera un hijo suyo. De hecho, muere cuando su hijo tiene tres años de edad, sin saber de su existencia.

Felipe no muere como cualquier hombre. Su vida es sacrificada, su figura es mesiánica. El hombre todopoderoso, el dueño de Selma, Juana y Zacarías –cada cual a su manera– se presenta ante sus jueces y verdugos libre de culpa, pero sin defensa. Como oveja al matadero, conforme al símil bíblico. Este moderno prometeo, esta figura mesiánica se sacrifica por la patria. Se deja asesinar por Carranza, oculto tras sus verdugos. Felipe se deja llevar al cadalso "como oveja al matadero".

No se defiende, pues está claro que su misión es redimir al género humano, mediante su propia muerte. Sin escándalo alguno, se deja asesinar, bajo la protesta del pueblo, ante la indignación de sus seguidores –quienes, dicho sea de paso, no mueven un dedo por su defensa. Estamos ante las mismas circunstancias de la muerte del Mesías hebreo. Felipe muere bajo la acusación de poseer una inteligencia superior, "arma más peligrosa" de su persona. Calificado de Judas, es en realidad el redentor del género humano, figura prometeica o mesiánica que no vacila en volver del exilio en USA para ser arrestado, juzgado y fusilado en México.

La relación entre Selma y Felipe no está suficientemente descrita. El punto final lo pone el hijo de Selma, quien a sus 18 años se niega a rendir culto a la tumba del general, a quien no reconoce como padre. Sus palabras son terriblemente significativas:

¿Ante quién, señora Selma? ¿Ante quién voy a presumir de que soy hijo de Ángeles? ¡Eres tan culpable como él, te cegó el amor o tu pasión por un hombre ajeno! Yo te amo, madre, pero ese mismo amor hace que te ruegue que olvides de quién soy hijo [...] ¡Desengáñate, madre, me sentiría feliz de ser hijo de cualquiera, porque al no confesarle a ese hombre que esperabas un hijo de él, me negaste el derecho de aceptarlo como padre!

Así, finalmente, Selma se encuentra juzgada por su propio hijo. Su amor, su entrega, su sacrificio... nada ha sido suficiente. Satisfizo al general, pero no a su hijo. Su figura no deja de ser la de una paria social, por más que haya dado vida a un hijo del general. LC